

DEL

PENSAMIENTO

Y SU

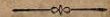
ENUNCIACION

CONSIDERADO EN SÍ MISMO,
EN SUS RELACIONES Y EN SUS LEYES,



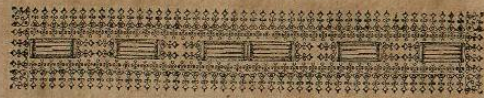
SECCION QUINTA.

DEL CRITERIO PROPIO Y PECULIAR
DEL PENSAMIENTO EXPRESADO, CONSIDERADO BAJO LOS ASPECTOS UNICOS
QUE LE DA LA LITERATURA EN ESPECIE.



LIBRO CUARTO.

De la oratoria sagrada.



INTRODUCCION.

Para discurrir con exactitud acerca de la oratoria sagrada considerada no como el ejercicio de un talento, sino como el desempeño de un deber sagrado, como una funcion del sacerdocio, es preciso estudiar su carácter propio, saber su derivacion divina, conocer la importancia de su objeto y elevarse hasta el fin que se propuso al instituir la el mismo Jesucristo. Todo esto aparece con caractéres espléndidos manifiesto en un señaladísimo lugar del Evangelio. Llegado el día señalado en los eternos decretos para constituir el ministerio de la elocuencia sagrada, los once discipulos que habian permanecido fieles, partiendo para Galilea, se dirigieron á la montaña, lugar del misterioso emplazamiento. Reunidos allí estaban, cuando viendo aparecer á Jesucristo, cayeron en tierra para rendirle sus tributos de adoracion. "Acercándose Jesus entónces, dice el Evangelista, les dirigió la palabra en estos términos: *A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id pues, e instruid á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado.* Y

estad ciertos, que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.²¹

Jesucristo, resucitado ya, colocado entre dos épocas de plenitud, una en que había consumado ya la grande mision que le trajo á la tierra, otra en que el reino de su cruzacababa de fundarse, quiere manifestar á sus discípulos el plan sublime de reparacion intelectual y moral que entrañaba el establecimiento de su Iglesia: y no solo esto, sino llamarlos á sí, asociárselos como cooperadores suyos en la ejecucion de este pensamiento divino. El mundo va á ser regenerado intelectual y moralmente; mas no lo será nunca por las vias ordinarias del convencimiento y de la simple persuasion; es necesario que lo sea por el camino extraordinario de la fe y de la gracia. La fe entra por el oido, dice San Pablo, y entra con la palabra de Jesucristo: luego es necesario que esta palabra se instituya, digámoslo así; que tenga una mision propia en la tierra; que saliendo de labios humanos, conserve su filiacion divina; que los pueblos oigan á Dios en el hombre; que el Evangelio recorra todos los pueblos de la tierra; que los siglos cambien de carácter en la historia de las doctrinas, de la moral y de las costumbres; que la elocuencia cambie de origen, de poder y de elementos; que los nombres mas esclarecidos en la historia de la palabra humana cedan el rango de la admiracion á los heraldos del Evangelio: en suma, que haya una elocuencia tan superior á la que había, como lo es la fe al convencimiento, la gracia á la naturaleza, Dios al hombre. Esta palabra no se llamará lógica, no se llamará solo elocuencia, no se llamará imaginacion, no compondrá la simple oratoria: será reina, y no tributaria del talento; será elocuencia sagrada; será predicacion evangélica; será la palabra de Dios instituida en pro de todos los pueblos como un grande y augusto ministerio.

Tal debía ser la elocuencia sagrada. Para establecerla no bastaba el hombre, porque el hombre no es dueño de la doctrina, el hombre no es dueño de la moral, el hombre no tiene autoridad ninguna sobre el entendimiento y el corazon. Esta elocuencia debía ser el centro de las relaciones que hai entre el cielo y la tierra, ser el intérprete de los designios de Dios y de los sentimientos mas íntimos del alma: debía sojuzgar al sabio y al ignorante, cautivar con sus ecos todas las eminencias humanas, dilatar sus dominios por todos los pueblos que el sol visita en su vasta carrera. No

²¹ Mat. cap. XXVIII, vv. 18, 19 y 20.

podia pues instituir la sino el que tuviese un poder en el cielo y en la tierra. He aquí porqué Jesucristo comienza su alocucion divina anunciando este poder.

“¿Qué resta ya? Manifesto su poder, solo se trata de que indique su voluntad: porque si le ha sido concedido todo poder en el cielo y en la tierra, puede sin duda alguna todo lo que quiere. Para fijar pues el carácter histórico de la mision que nos ocupa, poniendo fuera de toda disputa su existencia y su constitucion esencial, basta sin duda inquirir á este propósito la voluntad soberana de Jesucristo. Esta voluntad se manifiesta muy altamente en las palabras que pronuncia tan luego como acaba de hacer una declaracion tan solemne de su poder omnimodo sobre los cielos y la tierra. Su transicion, rigurosamente lógica, nos convence del enlace íntimo que tendrán por todos los siglos con su poder divino la autoridad del predicador y los efectos de la elocuencia religiosa. Sirvese por lo mismo de una palabra empleada unánimemente como la expresion del vínculo que media entre los principios y sus consecuencias lógicas; sirvese de la palabra *pues* correspondiente al *ergo* latino: *Euntes, ERGO, docete omnes gentes &c.* como si dijese: “Arbitro soi en los cielos y en la tierra, porque otorgado me ha sido todo poder: Id, *pues*, recorred todo el universo, llevad vuestros pasos por todos los climas habitados, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” He aquí la mision del orador sagrado, la constitucion católica de la elocuencia, la consagracion de la palabra del hombre por la palabra de Dios, el vasto imperio de la razon y de la voluntad gobernado por la fe y por la gracia mediante el ministerio católico: ministerio de palabra, porque la fe entra por el oido, como dice San Pablo; ministerio de palabra, porque la gracia comunicada por el empleo exterior de la materia se formula en las palabras del ministro: ministerio de palabra, porque sin ella no existe comercio entre el arrepentimiento y el poder para perdonar, y este poder es una condicion esencial en la Iglesia para crear la inocencia por la aplicacion del bautismo, ó restaurarla por el ejercicio del misterio que representa en la tierra la accion de la misericordia divina.”

“Tal es la mision de la elocuencia. De esta manera la hemos visto descender de los cielos: réstanos ahora observar la noble magestad con que abre su marcha, y cómo se enseñoorea de todos los elementos de accion que ofrecerla puede toda la humanidad, estudiar el grande objeto con

que ha sido instituida, calcular sus efectos, descubrir las garantías del noble primado que ejerce en cuanto pertenece al dominio de la palabra, y computar, si es posible, la duración de su influjo sobre los destinos del género humano. Como el reino de Jesucristo, la elocuencia sagrada no es de este mundo; pero aquí tiene trazada por el eterno Geómetra la esfera de su acción; aquí desenvuelve su poder; aquí realiza sus magníficos planes de felicidad, sometiendo á la fe la razón de los sabios, é inclinando bajo el yugo de la lei divina la osada frente de los potentados de la tierra. Precisemos pues nuestras ideas acerca de la acción de la elocuencia evangélica sobre la pauta de estos grandes objetos, pues que nada ménos se necesita, para formarnos una idea mas universal y grandiosa de la misión sublime de la palabra santa." ¹

De estas observaciones generales se derivan todos los principios en que debe fundarse el criterio de este género de oratoria, ya la consideremos como un ministerio, ya en sus relaciones literarias con el arte de la palabra. Sin salir pues de este círculo, trataremos en el presente libro:

- PRIMERO, de la excelencia de la predicación,
- SEGUNDO, de las cualidades que exige;
- TERCERO, de los deberes que impone;
- CUARTO, de los estudios que demanda;
- QUINTO, de las formas que admite;
- SEXTO, de los géneros que comprende.

ARTICULO PRIMERO.

EXCELENCIA DE LA PREDICACION.

Después del Santo sacrificio de la misa no hai en el ministerio eclesiástico una función mas sublime que la de la predicación. En ella se ocupaba mas ordinariamente Nuestro Señor Jesucristo durante los tres años de su vida pública; y á ejemplo de Jesucristo los Apóstoles y sus sucesores en el episcopado católico han hecho de la predicación el objeto constante de su solicitud y de su celo. Por cualquier aspecto que se examine este ministerio se ve aparecer su excelencia incomparable; y para convencernos plenamente de esto, bastará considerar en el predicador: primero, la sublimidad de su misión; segundo, la magestad de su

¹ Hemos tomado esto de nuestra "Disertación sobre la elocuencia religiosa," primera parte.

palabra; tercero, la grandeza de los asuntos que está encargado de tratar; cuarto, el fin con que habla; quinto, los efectos de su predicación cuando ella se eleva á la altura de su ministerio.

CAPITULO PRIMERO.

SUBLIMIDAD DE LA MISION APOSTOLICA.

Hemos visto que la elocuencia sagrada es una institución divina: que esta institución consiste en la creación de un sacerdocio divinamente autorizado para anunciar el Evangelio, esto es, la fe, la lei y la gracia de Jesucristo. Jesucristo pronunció dos palabras, pero que por sí solas reasumen anticipadamente la historia de la predicación cristiana. *Así como mi Padre me ha enviado á mí, así tambien yo os envío á vosotros.* He aquí la divinidad esencial de la predicación de Jesucristo y el carácter divino de la misión del sacerdocio. Si alguno quisiese disputar al orador evangélico el derecho con que habla en representación de Dios á todos los pueblos de la tierra, quedaria reducido al silencio con solo las palabras suyas que acabamos de citar. No hai diferencia en lo que se comunica, pues lo mismo que fué enviado Jesucristo, es enviado el Sacerdocio; y la misma sanción que tiene la misión de Jesucristo, tiene la misión del Sacerdocio.

Ella se extiende á todo lo que se halla establecido en la Iglesia; pero aquí queremos reducirnos únicamente á la predicación. Este ministerio divino se halla tan sólidamente afirmado por la autoridad y por la palabra de Jesucristo, que para hacerle respetable y santo ante los hombres y los pueblos, quiso en cierto modo identificarse con el sacerdocio católico cuando este desempeña el ministerio sublime de la palabra. En efecto, aludiendo visiblemente á todos los que desde entonces hasta la consumación de los siglos hubiesen de asistir á la predicación sagrada, dijo á sus discípulos y en ellos á todo el sacerdocio católico: *El que os oye á vosotros me oye á mí; el que os desprecia á vosotros me desprecia á mí.*

Hai mas todavía: tan celoso fué Jesucristo de este santo ministerio de la palabra, que cuando una muger, en presencia de sus milagros y de su doctrina ponderaba la felicidad del vientre que le habia portado y de los pechos que le habian dado el primer alimento, dijo: "Bienaventurados los que